

La adaptación a la escuela (2)

Prueba superada

Un niño llora y chilla, desesperado, por su madre; otro permanece estático e inexpresivo en una esquina del aula, sin hablar con nadie; y un tercero, con cara de resignación, acata las órdenes de sus superiores y colorea, obediente, su ficha didáctica. Solamente le queda el consuelo de poder aferrarse a su conejito de la suerte... Aunque la escena puede parecer un tanto exagerada, a principio de curso cualquiera de estos comportamientos pueden darse entre niños que aún están en pleno proceso de adaptación a la escuela infantil. Los cambios son muchos, y tanto ellos como sus familias experimentan sentimientos de ansiedad, de incertidumbre y de miedo ante lo desconocido. De cómo se resuelva esta situación va a depender, en gran medida, la actitud futura hacia los aprendizajes escolares.

Pero en cuanto transcurran un par de meses, la mayoría de los pequeños estarán acostumbrados a su nueva rutina cotidiana. Y aquellos a los que aún les cuesta están a punto de conseguirlo.

Estas son algunas pistas para saber si un niño está en el camino del éxito:

- ▶ Es capaz de pasar la mañana o la jornada sin preguntar por sus padres y es capaz de despedirse tranquilamente de ellos.
- ▶ Ya ha establecido vínculos con sus iguales y con los cuidadores o maestros.
- ▶ Es capaz de explorar los materiales y orientarse en los espacios.
- ▶ Se entretiene con materiales de juego y se implica en las tareas escolares.
- ▶ Deja de aferrarse a los llamados elementos transicionales (un juego, un muñeco, un gorro...).
- ▶ Conoce los ritmos de la jornada: sabe, por ejemplo,

lo que va a pasar después del recreo o que la familia va a venir buscarlo después de la hora del cuento...

Pero si estos primeros signos de normalización aún no aparecieron, estas son algunas propuestas que seguir por parte de sus familiares:

- ▶ Despertar al niño con tiempo de sobra para desayunar y vestirse con calma. Es mejor no andar con prisas.
- ▶ Hacer despedidas afectivas pero cortas, con tranquilidad, sin mentir sobre el tiempo que se va a tardar en venir, mostrando despreocupación y normalidad.
- ▶ Por muy pequeño que sea, hay que explicarle que después el padre o la madre volverá a recogerlo.
- ▶ La marcha de la persona acompañante nunca debe ser sin aviso, mientras está distraído, ya que, si el niño se siente engañado, no es fácil que vuelva a confiar.
- ▶ Recogerlo con puntualidad

para evitar frustraciones y disgustos inútiles. En ese momento de reencuentro, acogerlos afectuosamente pero obviando sus quejas y centrándose en lo que hicieron, en los compañeros...

▶ Interesarse por todo lo que cuente acerca de sus experien-

cias escolares, hacerle preguntas sobre el profesorado y valorar los trabajos realizados que se lleven para casa.

> PARA SABER MÁS

O proceso de adaptación. E ti... ¿vas á escola? Xunta de Galicia, 2007



EN BREVE



¿POR QUÉ LLORAN?

A DISTINTAS EDADES, DIFERENTES TIEMPOS

► Desde el punto de vista psicológico, llevar a un bebé menor de 8 meses a una escuela infantil no reviste especiales complicaciones, aunque desde el punto de vista físico se encuentra condicionado por contar con muy pocas defensas. A esa edad apenas se da cuenta del *abandono* y acepta bastante rápido el nuevo ritmo de la guardería.

► De los 8 a los 18 meses los bebés saben que los adultos se van a ir, pero no tienen claro que luego van a regresar. Hay expertos que recomiendan evitar llevarlos a la escuela por primera vez en este período crítico. La adaptación más suave se produce entre los 2 y los 4 años en un entorno educativo adecuado.

► Pasada esa fase y hasta los 6 años, la incorporación a las aulas no tiene por qué ser complicada. Solamente deben familiarizarse con los nuevos profesores y compañeros.

► Los niños que ya tienen 7 o más años no suelen presentar problemas de adaptación, aunque siempre hay excepciones: son los niños excesivamente apegados a los padres, los que llegan por vez primera al centro o aquellos para los que el colegio es fuente de tensión (por dificultades de aprendizaje, acoso por parte de compañeros, etc.).

Los alumnos también acusan el salto desde la enseñanza primaria a la secundaria y los cambios de profesor; en especial, a partir de los 12 años, pueden empezar nuevas etapas conflictivas. En este período el diálogo abierto es la mejor ayuda.

A veces, como adultos, nos cuesta ponernos en la piel de los más pequeños y no acabamos de entender que lo pasen tan mal en su proceso de adaptación a la rutina escolar. Teniendo en cuenta que lo único que tienen que hacer es jugar, aprender cosas divertidas e interactuar con sus compañeros de aula... ¿por qué lloran?

He aquí unos cuantos motivos:

- La sensación de abandono, de pérdida: «¿Dónde están mis padres?».
- La falta de nociones temporales que permitan una espera tranquila. «Llevo aquí una eternidad... ¿no volveré a verlos nunca más?».
- El desconocimiento del espacio físico. «No reconozco nada, este no es mi mundo».
- La inexperiencia delante de las tareas escolares: «¿Por qué todo es tan difícil?».
- Las dificultades para relacionarse con los iguales: «Ese es un pegón y esa no quiere dejarme su juguete».
- La imposibilidad de construirse un mapa cognitivo espacial del lugar y la distancia que separa a los niños de sus casas: «De dónde saldrán tantos niños... ¿no tienen casa?».
- La ruptura con los hábitos alimentarios, de limpieza o de sueño de la vida familiar: «Este puré tiene grumos, no es como el de mi madre».
- La pérdida de elementos de privacidad en un entorno en que priman los esquemas colectivos sobre los individuales: «¿Cómo es que los juguetes son de todos? Yo quiero llevarlos a mi casa».
- La menor atención prestada por el profesorado. Ya no es una atención en exclusiva. «El profe no me hace ni caso: si me hago daño, me pone una tiritita y se olvida de mí».

Y por estos motivos surgen algunos comportamientos problemáticos que los maestros y maestras están acostumbrados a resolver:

- Agarrarse con fuerza al familiar cuando llega el momento de la separación. El cuidador o maestro nunca arranca al pequeño de los brazos de su padre o madre, sino que deja que sea el propio familiar el que facilite la separación.
- Agresiones. Algunos niños esconden un rechazo a estar en la escuela agrediendo (pegando, arañando o tirando el material). Desde la escuela se informa a la familia de la actitud del niño para que conozca la situación y se establezcan pautas comunes de intervención.
- Lloros. Esta es una reacción que a veces se da por contagio, y en ocasiones se acompaña de vómitos. El maestro suele responder con una propuesta atractiva o sorprendente que absorbe la atención de los pequeños. Pero, de no poder calmar al niño, puede pedirle al familiar que vuelva al aula.
- Aferrarse la un juguete o «amuleto». El niño recurre a un objeto familiar que le da seguridad y apoyo afectivo. A medida que pasa el tiempo, el docente lo animará a desprenderse de él.
- Mantenerse quieto en un espacio. El pequeño acepta estar en el aula, pero muestra una actitud de resignación, se mantiene al margen, como observador. En el momento en que reconozca el aula como un lugar seguro comenzará la interacción. Debe dársele tiempo.